

Juan Miguel Aguilera

Sindbad

en el País del Sueño



Sindbad es el intrépido capitán de El Viajero, una nave mercante ahora atracada en el puerto de Basora tras una larga travesía, donde descubre a un polizón escondido en la bodega. Se trata de Radi, un joven perseguido por unos extranjeros que han asesinado a su hermano y que buscan un misterioso libro que obra en su poder. Tras una breve duda, Sindbad decide finalmente ayudarlo y satisfacer su instinto aventurero, que tanta fortuna le ha reportado. Así comienza una fantástica epopeya hacia el remoto País del Sueño que transcurre por territorios tan exóticos como Basora, Bagdad, la isla de Zanzíbar, el río Pangani y la Tierra de los Negros. En su camino afrontarán todo tipo de peligros, enemigos, criaturas fantásticas, descubrirán ciudades perdidas, reinos ocultos y un interminable etcétera de maravillas hasta llegar a la ciudad de Salomón, que alberga el mayor tesoro de todos los tiempos y donde tendrá lugar un enfrentamiento épico que dirimirá el mismísimo destino de la humanidad.

*Para Ray Harryhausen,
maestro y señor del sentido de la maravilla*

¡El enjambre de djinns pasa,
aullando en un torbellino!
Los tejos que desgarran su vuelo
crepitan como pinos en llamas.

Su falange, compacta y veloz,
volando por el cielo vacío,
parece una nube pálida
orlada de relámpagos.

**VICTOR HUGO,
«Los Djinns»**

1

Has de saber —pero Alá es más sabio, más prudente, más poderoso y más bondadoso— que en los años del califa Harún al-Rashid la ciudad de Basora era el santuario de los intrépidos navegantes del océano Índico. Sus innumerables torres cubiertas de azulejos, trozos de vidrio y cristal de roca brillaban al ser alcanzadas por los rayos del sol y atraían con sus destellos a los barcos que cruzaban frente a la costa, prometiéndoles ricos mercados para sus productos y evitando así que remontasen el río Tigris hacia Bagdad.

Porque Basora era la puerta al mar del califato y cada tarde se congregaban en sus puestos naves de todas las formas y tamaños: lanchas estrechas, semejantes a galeras impulsadas por varios remeros, gráciles dhows de velas triangulares que venían de puertos lejanos, gordos baghlahs para el transporte de esclavos, jihaazis y sambuks de popa cuadrada, creando entre todos el espectáculo abigarrado de un bosque de mástiles recortándose contra el cielo. De cada una de sus bodegas surgían sacos con mercancías valiosas, balas de lana aprisionada entre zunchos de cuerda, barriles y cajones que los estibadores iban apilando en los muelles.

* * *

El capitán Sindbad comía distraídamente una manzana bajo la sombra del palo mayor de su nave. *El Viajero* era un dhow de dos mástiles construido enteramente con teca de

la India. Su casco afilado estaba pintado de brillante color azul celeste, sus cuadernas eran fuertes, a semejanza de las costillas en el pecho de un toro, y se alineaban con precisión formando una cintura abombada. Como tantos otros barcos llegados de todos los rincones del océano Índico, fondeaba en Basora para descargar las mercancías conseguidas durante la temporada del monzón. Perlas de Omán y piedras preciosas de Nepal, maderas de sándalo, resinas aromáticas como el incienso del Zufar y la mirra, la savia del árbol de la sangre de la isla de Socotra, el ámbar gris, el clavo, la canela, el aloe y el marfil.

Los monzones soplaban en invierno del nordeste hacia el sudoeste, en verano los vientos se invertían y soplaban del sudoeste al nordeste. Durante siglos, intrépidos marinos como Sindbad habían dominado el comercio en aquel rincón del mundo. Gracias a su profundo conocimiento de los vientos estacionales, aprovechando el impulso de los monzones, viajaban a voluntad por todo el océano Índico. Así se habían abierto nuevas rutas por Persia, India, China y toda la costa este africana hasta Madagascar. Ningún otro pueblo podía rivalizar en el arte de la navegación con los hijos de Mahoma y sus estilizados dhows de grandes velas triangulares.

Sindbad entornó los ojos y escuchó los gritos de las gaviotas. Disfrutó de ese instante de calma. La brisa de la tarde era demasiado cálida y traía el aroma de las especias mezclado con el salitre y el pescado seco, pero durante unos minutos el silencio y la quietud fueron casi perfectos. A sus treinta años había aprendido a valorar esos momentos. Las preocupaciones parecían diluirse en el rumor de las olas que golpeaban suavemente contra las rocas del malecón, a lo lejos relucían penachos de espuma dejados por el incesante paso de las naves.

Por ese año había completado su ruta, ahora tan sólo le quedaba distribuir las mercancías, obtener el mejor precio por ellas y descansar en su casa a la espera de que llegara

la próxima temporada de monzones. Un ritual que se repetía año tras año.

La vida en el mar era muy dura, aunque también era tan seductora como una puta pintada de alheña, solían decir los marinos. Su propia historia estaba plagada de altibajos, épocas en las que había sido indecentemente rico y otras en las que había tenido que pedir para comer. «Es la vida», solía decir, «la marea nos arrastra y nunca controlamos nuestro destino, pero merece la pena saborear sus partes amargas tanto como las dulces».

Era consciente de que tarde o temprano llegaría el día de retirarse. En realidad, ya lo había intentado en varias ocasiones, pero siempre volvía al mar.

* * *

De repente, mientras seguía perdido en estos pensamientos, estalló un revuelo en los muelles. Entre exclamaciones de asombro, la gente que se hallaba en el puerto corrió para asomarse a cualquier sitio desde el que se pudiera divisar mejor lo que fuese que llegaba del mar. Muchos señalaban con sus manos hacia lo lejos.

¿*Qué está pasando?*, se preguntó Sindbad mientras arrojaba la fruta al agua y se ponía de pie para otear también en la dirección que indicaban.

—¡Allí, allí! —gritaban unos estibadores—. ¡Mirad allí!

Todos señalaban la entrada del puerto. Era la hora mágica y la luz tenía un ángulo que dificultaba la visión. Hizo visera con la mano y consiguió distinguir dos naves panzudas y destartaladas. Pese a su peculiar diseño, los parapetos defensivos y las tablas de abordaje no dejaban lugar a dudas de que se trataba de sendos barcos de guerra, quizá de algún país extranjero. No eran juncos chinos, así que quizá provenían del occidente cristiano. Lo cierto era que las dos llevaban el emblema verde del califa ondeando en sus cofas, por lo que supuso que debía de tratarse de mer-

cenarios al servicio de Bagdad. En sus cubiertas vio moverse a hombres y distinguió el inconfundible brillo del acero de las armas y las armaduras.

Pero lo más extraño era una tercera nave, a la que aquellas dos parecían escoltar. Esta era tan asombrosa que Sindbad ni siquiera estaba seguro de que se tratase de un barco.

—Lo están custodiando —dijo alguien de su tripulación—. Esas naves de guerra deben de haber apresado a ese extraño barco en alta mar.

—¿Crees que eso es un barco? —preguntó otro.

—¿Eres tonto, Habib? —dijo un tercero—. ¿Qué puede ser si no?

—No tengo ni idea, pero a mí me parece un molino de río antes que un barco...

Lo cierto es que Sindbad nunca había visto nada igual. La nave parecía construida por completo de metal, bronce o cobre. El sol del atardecer destellaba en las curvadas y bruñidas superficies de su casco. Su proa maciza se elevaba sobre las aguas. No tenía velas, mástiles ni remos; tan sólo una larga chimenea que arrojaba una majestuosa columna de humo negro. A los costados llevaba dos grandes ruedas con palas, semejantes en verdad a las de un molino.

Sindbad observó que el barco no se movía impulsado por velas ni remos, sino por aquellas ruedas que batían el agua con perfecta regularidad, levantando olas de espuma blanca que dibujaban dos rastros paralelos a su popa. Se fijó también en otro detalle curioso, los costados del casco estaban grabados con unos símbolos extraños y angulosos.

Ante la mirada atónita de todos, la asombrosa embarcación cruzó la dársena, siempre rodeada por los dos barcos de guerra, y atracó en uno de los muelles de la zona oeste del puerto.

—¡Es mágica! —exclamó el marinero al que habían llamado Habib.

Sindbad se volvió hacia él. Era un hombre huesudo y algo encorvado, de nariz ganchuda y la piel curtida por el sol y la sal.

—¿Qué has dicho? —le preguntó.

—Que esa nave no es impulsada por el viento o por los remos, como cualquier otra. Lo que la mueve es la magia, capitán. Tiene que pertenecer a algún mago poderoso.

Sindbad asintió pensativo y tomó una decisión difícil. Le hizo una señal al grumete para que se acercase.

—Alí, ve a buscar a Yahiz a su camarote —le ordenó—. Seguro que estará contando sus queridísimos bichos y quizá se niegue a venir, pero insístele. La verdad es que no tengo ganas de aguantar sus quejas, pero creo que es importante que ese erudito vea esto.

El sol del atardecer destellaba en las curvadas y bruñidas superficies de su casco.

2

Trabajaba cerca del puerto de la ciudad de Basora un artesano de gran talento llamado Hussein. Afamado orfebre, fabricaba hermosos utensilios y adornos de metal, y en sus composiciones combinaba sabiamente los siete metales básicos: oro, plata, níquel, cobre, cinc, antimonio y hierro. Dominaba también la antigua técnica del damasquinado, labraba dibujos minuciosos embutiendo finos hilos de oro y plata en acero o hierro pavonado.

Su buen oficio era reconocido en toda la provincia y se ganaba bien la vida, de modo que podía mantener a su esposa y a sus dos hijos, e incluso proporcionarles algunos lujos.

Pero un día llegó a la ciudad una leva del ejército del califa y reclutaron a Hussein para trabajar a las órdenes de algún desconocido general, en alguna lejana frontera. A partir de entonces fue su hijo mayor quien tuvo que hacerse cargo del negocio. Su nombre era Aakil, había sido el ayudante de su padre y ahora se veía obligado a aprender rápidamente el oficio para sacar adelante a toda la familia. Pero las cosas no iban del todo bien; el talento de Aakil aún no podía compararse con el de Hussein, y su hermano Radi se negaba a ayudarle en el taller.

Se decía que Radi había escogido el mal camino, que pasaba los días sin hacer nada de provecho, zanganeando por las calles de Basora, jugando a los dados, o enzarzándose en peleas. Aakil siempre lo disculpaba en público por

este comportamiento, a la vez que pensaba que su hermano aún estaba sufriendo por la desaparición de su padre, al que había adorado. Sin duda, era ese dolor en su corazón lo que lo hacía actuar de ese modo.

—Pero ¿qué quieres, hermano? —le dijo—. Reacciona de una vez, ¿no ves que es precisamente ahora cuando la familia más te necesita?

—No hay nada que yo pueda hacer, Aakil. La fortuna o la desdicha, todo ya es igual para mí.

—No digas eso. Cada hombre se labra su propio destino con su esfuerzo y su perseverancia, de acuerdo por supuesto con la voluntad de Alá.

—¿Como nuestro padre? —preguntó Radi con amargura a la vez que se ponía de pie.

Ya era casi tan alto como su hermano, y aunque todos decían que estaba demasiado flaco, era más fuerte de lo que parecía. Y también ágil, capaz de trepar por una pared como una lagartija. Vestía una camisa blanca, limpia pero descosida, con los codos rotos y maltratados, calzones de algodón parcheados y babuchas de fieltro. Tenía quince años recién cumplidos y se parecía cada vez más a Aakil, la misma barbilla hendida y los pómulos altos; rasgos que ambos habían heredado de su padre. Sus ojos castaños asomaban por debajo de los mechones de pelo negro que le caían sobre la frente y miraban desafiantes.

—Sé cómo te sientes por su ausencia, pero te aseguro que volverá muy pronto.

—Eso no lo sabes, no hemos tenido noticias de él desde que se marchó.

—A veces parece que la fortuna nos levanta y nos hace caer por puro capricho, pero nuestro padre nos enseñó a tener fe y a escoger siempre el camino recto.

—Nos enseñó esas y muchas otras cosas, y luego desapareció casi sin despedirse.

—No se fue de nuestro lado por su voluntad, eso lo sabes muy bien, hermano.

—Pero nos dejó solos, esa es la única verdad.

Aakil no contestó y volvió a concentrarse en su trabajo. Era un muchacho tranquilo, que odiaba los enfrentamientos y las discusiones, el silencio solía ser su reacción frente a la rabia de su hermano menor. Estaban rodeados de herramientas y utensilios de metal a medio elaborar, cuidadosamente dispuestos sobre un gran banco de trabajo. El olor ácido de la viruta de cobre llenaba el taller. Aakil se inclinó sobre un libro de pequeño tamaño y tapas de viejo cuero negro. Por un momento pareció haberse olvidado de Radi y su enfado.

—Pues tú tampoco parece estar trabajando mucho —le reprochó Radi a su hermano mayor, no cejando en su pretensión de tener una pelea con él.

—Lo estoy haciendo, créeme —dijo Aakil mientras pasaba lentamente las hojas de pergamino—. Encontré este libro entre las cosas de nuestro padre. Está muy manoseado y me parece que aquí aprendió muchos de los secretos de su oficio. Ahora podrá enseñármelos a mí.

—¿Y crees que así te convertirás de la noche a la mañana en un gran artesano? Eres un ingenuo, hermano. Sólo son símbolos trazados con tinta.

—Son palabras —le explicó Aakil—, y cuando conoces su significado es como escuchar en tu cabeza la voz del hombre que las escribió. No importa si murió hace mil años: una parte de él sigue viva en estos símbolos, te habla y te cuenta historias, y también te enseña como si un maestro viviera encerrado entre estas hojas.

—¿Y tú puedes leer ese libro?

—No del todo. Algunas partes están escritas en un idioma desconocido para mí, pero nuestro padre hizo anotaciones en los márgenes, mira...

Aakil le mostró el libro abierto por una página y Radi reconoció la letra de Hussein.

—Y también tiene dibujos suyos —observó.

—Sí, y son de gran ayuda para entender el significado de todo.

Radi frunció el ceño y miró a su hermano con escepticismo. Dudaba que pudiera entender de aquellos símbolos extraños ni la mitad de lo que pretendía. Sin embargo, se había sentido fascinado por el libro. Es cierto que parecía muy antiguo, y si provenía de algún lejano país quizá contuviera también historias y asombrosos dibujos sobre sus habitantes. Radi nunca se cansaba de escuchar relatos sobre tierras ignotas y los monstruos que las habitaban.

Aakil terminó de estudiar el libro y lo dejó a un lado, sobre el banco de trabajo.

Cogió una lámina de brillante metal rojizo y empezó a golpearla con un pequeño martillo. El cobre se fue curvando dócilmente mientras él martilleaba aquí y allá, para así transformar aquel disco metálico en un caldero o una sartén para las gachas. Luego frotaría la superficie curvada del recipiente con esmeril hasta que brillase casi como si estuviera hecha de oro. Era cierto que su técnica aún no podía compararse con la de su padre, pero cada vez lo hacía mejor y seguiría esforzándose hasta alcanzar la perfección. Por el bien de la familia.

Aprovechando que su hermano estaba ocupado, Radi se acercó al banco en el que Aakil había dejado el libro y se apoderó de él. Mirando a su hermano de reojo, con un movimiento rápido, lo ocultó entre los pliegues de su fajín.



Técnica del damasquinado

3

Al-Yahiz apareció en cubierta. Vestía una túnica negra sin adornos, como siempre, y llevaba su gran turbante blanco algo ladeado y deshilachado.

—¿Sucede algo, capitán? Estaba trabajando cuando uno de tus hombres ha entrado para interrumpirme. Me ha dicho que suba a cubierta por orden tuya, sin darme más explicación.

Sindbad lo miró; su verdadero nombre era Abú Uthman Amr Ibn al-Bahr al-Fukaymi Basri. Lo de «al-Yahiz» (el Bizco) se debía a una malformación de sus ojos que hacía difícil saber hacia dónde miraba en cada momento. Era muy flaco y alto como una pértiga, y contemplaba el mundo desde arriba con sus ojos estrábicos. Siempre iba algo encorvado, y los rizos negros y desordenados siempre le asomaban por debajo del turbante. A pesar de su aspecto vulgar y de las bromas crueles que solía gastarle la tripulación, Yahiz era un hombre muy sabio. Perteneía a la escuela de los mutazilíes de Basora, que creían que la voluntad de Alá no era arbitraria y que era posible llegar a interpretarla a través del estudio de la ciencia y la naturaleza.

Como respuesta, Sindbad señaló el barco de metal atracado en el muelle.

—¿Qué es eso? —le preguntó Yahiz—. No tiene velas, ni espacio para los remos...

—Esperaba que me lo aclarases tú. A fin de cuentas, eres un erudito.

Yahiz abrió aún más sus grandes y estrábicos ojos y se pasó una mano por la frente.

—Nunca había visto un barco así, capitán —dijo.

—¿Ves esos símbolos angulosos grabados en el casco? ¿Qué crees que significan?

—Sólo puedo especular, capitán. Si esa nave proviene de alguna región remota y desconocida del mundo, quizá esa sea la forma de escritura en ese lejano país.

—Deberías haberla visto moverse —Sindbad señaló con el dedo—, entró por la bocana y atravesó suavemente la bahía. ¡Ffffsssssssh! Como bien dices, no tiene velas ni remos, pero esas ruedas que lleva a los lados giran y giran levantando espuma, a la vez que echa humo por la chimenea. Los hombres piensan que es cosa de magia, y estoy por darles la razón.

Yahiz negó con un gesto.

—Dudo de la magia realizada por los hombres. La naturaleza organizada por Alá es infinitamente más poderosa y sabia que el ingenuo deseo de los brujos por dominarla.

—Entonces, ¿qué explicación le da tu ciencia a ese prodigio?

Yahiz miró a Sindbad con sus ojos de camaleón.

—Debe de ser un ingenio mecánico, capitán. Y creo saber de lo que se trata.

—¿Quieres decir que tienes una explicación al movimiento mágico de esa nave?

Yahiz se frotó la barbilla. Sus ojos brillaban con una idea.

—Acompáñame a mi camarote y te lo mostraré.

* * *

El camarote de Yahiz era más estrecho que el de Sindbad y además estaba abarrotado. Para tapar el techo de madera, el erudito había extendido una lona de color azul oscuro sobre la que había pintado puntos blancos que representaban las principales estrellas del firmamento. Por todas par-